

y ligados ambos esposos con un lazo indisoluble.

Desde este momento se aumentó en su rostro aquel dulce tinte de melancolía que la hacía tan interesante. Como todas las pasiones que excita el bello sexo vienen á refundirse en una sola que es la del amor; y como la tristeza que observamos en otros despierta nuestras simpatías, de aquí era, que cuantos venían á Guadalupe percibiesen en el fondo del corazón un sentimiento vago, tierno, indefinido: una mezcla de afición y de respeto que no les era fácil explicar. La hermosa dama se grangeó muy en breve el aprecio de toda la división independiente; y no había en ella un sólo soldado que no hubiera sacrificado su vida por complacerla y servirla.

Entre tanto se acercaba el momento en que la plaza debía ser embestida por los españoles. Declaróla el general en estado de sitio: tomó las precauciones necesarias para prevenir un asalto: abandonaron sus hogares la mayor parte de los vecinos, huyendo á los montes ó á las poblaciones inmediatas y sólo quedó en ella la tropa, algunos vivanderos y Guadalupe con su esposo, el cual debía recorrer el campo con una partida de caballería para hostilizar al enemigo.

Bien sabida es la gloriosa resistencia que hizo el general Bravo. Escarmentados los españoles, tuvieron que retroceder avergon-

zados, hasta poder repetir la tentativa con dobles fuerzas. Grande fué el gozo de los independientes al ver abatido el orgullo castellano. En medio de tanto regocijo, había no obstante una persona que estaba herida de un vivo y agudo dolor: esta era Guadalupe. Su marido persiguió á los españoles en la retirada, y guiado de su arrojo penetró á sus filas. Fué herido, hecho prisionero, y llevado á merced de los vencidos. Su bella consorte quedó entregada á la desgracia y la fortuna que hasta entonces le había mezclado dulzuras con desabrimientos, puso en sus manos desde aquel momento el duro y ponzoñoso cáliz del dolor.

Repitieron los españoles sus ataques, y fueron rechazados con doble tesón, prolongándose el sitio por mucho tiempo. Al bullicio del día sucedía el silencio de la noche, interrumpido con el pausado estallido de la artillería, cuyos relámpagos fugitivos alumbraban momentáneamente aquella escena de terror. Las calles del pueblo estaban solitarias y cubiertas de vegetación: las casas abandonadas: aquí y allí, escombros dispersos: no se miraban más vivientes que los soldados encargados de la defensa de los parapetos: de cuando en cuando se oía el grito del centinela, los tristes alaridos de algún moribundo, ó los chasquidos de las balas que venían á dar sobre las paredes. Uno que otro perro hambriento y encarnizado, familiarizado ya con el es-

truendo de los tiros, solía atravesar la plaza y dirigirse al cementerio á devorar los cadáveres casi insepultos.

Todo esto se presentaba á la vista de repente á la luz de aquellos resplandores: parecía que la plaza, el campo enemigo con sus tiendas y trincheras, los bosques inmediatos y los montes vecinos, salían momentáneamente del caos por un efecto mágico, para volverse á perder luego en las tinieblas de la noche. Tales son muchas veces las creaciones de la fantasía, cuando abre el genio sus arcanos, ó las imágenes de un cerebro entregado al delirio, en el ardor de una fiebre.

Guadalupe, en medio de esta escena, parecía un visión celestial. Así se presentará en el último día el ángel encargado de la custodia de nuestro globo: triste y compasivo al ver las ruinas del mundo que habitamos. Entonces fué cuando se desarrolló en el pecho de esta hermosa mujer otro sentimiento cuyo valor no había hasta allí conocido: este era el del patriotismo. El bárbaro sistema con que en aquella época se hacía la guerra, negando cuartel á los prisioneros insurgentes, la hacía sospechar que su esposo había muerto, y que ella quedaba desamparada sobre la tierra. ¡Cuántas veces la vieron los sitiados á su lado en el momento de mayor peligro! Cercada de una nube de humo, parecía el numen de la victoria, que bajaba á coronar las sienas de los defensores.

III.

Volvamos á Puebla, y observemos lo que aconteció á D. Rodrigo luego que llegó á cerciorarse de lo que había pasado con su hija. Apenas podía creer á sus ojos, y oprimido de pesar vagaba como insensato de una en otra pieza de su casa, clamando: —Hija mía ¿qué te has hecho? ¿dónde estás, hija mía? Unas veces lloraba amargamente, otras quedaba extático: se recostaba en el lecho y se levantaba al punto, sin hallar alivio á su dolor.

D. Rodrigo, bajo un exterior caprichoso y ridículo, ocultaba no obstante una alma sensible. El amor que profesaba á su hija era extraordinario; y si la hacía fuerza para casarse, era porque estaba persuadido de la conveniencia del partido que se le presentaba.—Su empeño procedía de error y no de falta de afecto.

Pero lo que acabó de acibararlo fué el saber al cabo de algunos días, por una carta que recibió de D. Juan, que éste se hallaba entre los insurgentes, casado con su hija; y todavía subió más de punto su enojo, cuando un eclesiástico que se distinguía por sus frenéticos sermones contra los insurgentes, le aseguró que éstos, como excomulgados, no eran capaces de recibir sacramentos. Ya no vió en su hija una su-

chacha incauta y seducida, sino una infame prostituta. Trocó sus lágrimas en despecho, y arrebatado de cólera la maldijo, la desheredó y otorgó testamento dejando nombrados herederos al Rey y á su alma.

D. Dionisio sintió el lance, no por su prometida esposa (pues decía que no faltaban mujeres en el mundo), sino por la rica herencia que se escapó de sus manos.

La única que compadecía á la desgraciada fugitiva, era la ama de llaves. Aunque impertinente y pesada, habíala cobrado cariño, pues que la crió desde pequeñita. Por otra parte, la afición que mostraba á D. Dionisio, era nacida de la esperanza que tenía de sacar de él algún provecho. D. Juan logró captarse su benevolencia con repetidas liberalidades, de modo que si no corrompió su fidelidad, adormeció su vigilancia; y hay quien diga, que uno de sus asistentes, vivaracho y zalamero, llegó á decir la tales cosas, que la buena mujer, no obstante la cruz y la correa de que iba armada contra las tentaciones, llegó á presumir que valía algo, y que estaba muy capaz para el matrimonio. El caso es que ocupada con estos nuevos asuntos, descuidó el régimen de la casa, y dejó salir, sin saber cómo, á su bella cautiva.

IV.

Una tarde del mes de Octubre de aquel año, se dió orden por la autoridad militar de Puebla para prevenir en el cuartel de un regimiento, una pieza que sirviese de capilla á un reo condenado á muerte. Hízose así con toda diligencia, y á pocas horas estaba ocupándola el desgraciado contra quien se había fulminado tan terrible sentencia. Corrió su nombre en la ciudad, ya por ser notable de suyo, ya por el empeño que tuvo el gobierno en esparcirlo, á fin de dar solemnidad á la ejecución, y contener con el terror los movimientos populares que á cada paso estaba temiendo.

Al segundo día se presentó á la puerta del cuartel una mujer, en cuyo rostro pálido y angustiado se traslucían las terribles agitaciones que atormentaban su espíritu. Pidió al oficial de guardia la dejase ver al reo, y éste, previa la licencia del fiscal, se la concedió de grado. Cundió por el cuartel la especie de que la hija de D. Rodrigo había parecido, y venía á ver por última vez al que unos decían ser su amante y otros su esposo. Su fuga y sus aventuras la habían dado celebridad. Apenas pisó el cuartel, cuando soldados y oficiales, esparcidos indistintamente en diversos grupos, la miraban con atención, hablaban de ella, y la señalaban con el dedo. Pasó un gran patio,

atravesó un corredor, y llegó á un cuarto pequeño situado en un ángulo del edificio, obscuro, bajo, con una sola pequeña ventana, guarnecida de una enorme reja de hierro. Guardaban la entrada dos centinelas, quienes, mediante la orden que al intento les comunicó su cabo de escuadra, abrieron la puerta y franquearon el paso á la señorita.

Estaba en lo interior de la pieza D. Juan de Escobar. Había oído la sentencia de muerte con serenidad; pero se notaba que otro objeto ocupaba su imaginación, y lo tenía en un estado continuo de angustia. ¡Mi esposa! exclamaba de cuando en cuando: ¡mi pobre esposa! Paseábase agitado, vestido solamente de un largo pantalón azul de munición, sostenido de unos tirantes de colores, una camisa de lienzo, y una corbata negra al cuello.

Apenas lo vió Guadalupe, cuando, por un movimiento involuntario, corrió hacia él, abrazó sus rodillas, y hecha un mar de lágrimas, no pudo articular más palabra que... yo soy... Lo demás lo ahogaron sus sollozos.

Difícil sería pintar las sensaciones que sintieron en aquel momento los dos desventurados. Queríanse como amantes, amábase como esposos y estrechaba estos lazos la común desgracia. Bien sabida es la fuerza con que obra en nuestros ánimos la identidad de situaciones.

Guadalupe, medio desfallecida, descansaba la cabeza sobre el destrozado pecho de su esposo. Pasado un rato de silencio.

—¿Para esto, le dijo, te vuelvo á ver? ¿es posible que vas á ser fusilado?

—Así lo quiere mi desgracia, repuso él; pero al fin me consuelo con verte antes de mi muerte.

—¿Y lo dices con tanta serenidad? ¿No atiendes que soy tuya y me dejas?

—No me atormentes más el corazón. No temo perder la vida, que esa se la consagré á mi patria; sino el perderte á tí, y haber hecho tu desgracia.

—¿Pero qué, no hay remedio?

—Ninguno.

—Un indulto...

—No me hables de él, que ni me lo concederán mis enemigos; ni lo quiero.

—¡Ah! hagamos el último esfuerzo.

—Es inútil.

—¿Con que vas á morir?

—Sí, esposa mía. Acuérdate siempre de mí.

La infeliz se desprendió de los brazos de D. Juan y se sentó inmóvil en una silla: sus ojos vagaban con inquietud: al fin cubrió la cabeza con sus manos y con sus ropas, prorrumpiendo en nuevos sollozos. Su esposo, parado delante de ella, no sabía lo que le pasaba: la intensidad de sus afectos absorbía su atención de tal manera, que pa-

recía una estatua. Vuelto á poco rato en sí, la dijo:

—Guadalupe, ya no hay tiempo sino para procurar que tu suerte sea menos desgraciada. Ni aun te puedo legar mis cortos bienes, porque han sido secuestrados en México: es, pues, preciso, que veamos qué modo te reconcilias con tu padre. Tu situación lo exige así. Dentro de poco vas á ser más necesaria que hoy. Ese niño que llevas en las entrañas, es hijo mío, y exige tus cuidados y tus sacrificios. Críalo como conviene, y háblale continuamente de mí....

Guadalupe guardó silencio y arrojó un profundo suspiro.

En esto oyeron en la puerta una voz gruesa que dijo mesuradamente: "Deo gratias." Era el confesor, que venía á auxiliar al reo. Entró con el oficial de guardia, y éste hizo que la esposa saliese inmediatamente de la capilla.

—Por amor de Dios, gritó ella, señor oficial, permítame vd. otro rato, que tengo muchas cosas que decir.

—Si, señora, dijo el confesor con voz reposada. Dentro de un corto espacio volverá vd. á hablar con su esposo. Voy á que acabe de disponer su alma y asegure su salvación. El Señor consuele á vd., dándole valor para sufrir un golpe tan terrible.

En casos como éste vuelan las novedades, y los más pequeños incidentes pasan de boca en boca, tanto que en breves instantes

se hace sabedora de ellos una ciudad entera. No faltó quien fuese de propósito á la casa de D. Rodrigo y le dijese:—"Su hija de vd. ha parecido, y su yerno está en capilla: ambos se hallan actualmente en el cuartel núm...."

¡Qué multitud de ideas y de sensaciones tan vivas como encontradas se agolparon sobre D. Rodrigo! Obró entonces en él la naturaleza, y salió de su casa como arrastrado del destino, dirigiéndose hacia el cuartel que se le había señalado. Llegó con cuanta celeridad le permitían sus años, y al pasar el patio, el primer objeto que encontró fué su hija.

La sorpresa, la vergüenza y el amor, agitaron de tal modo á esta infeliz, que, trémula, desfallecida y balbuciente, apenas pudo decir: ¡Padre mío!.... y postrada en el suelo, pegó su rostro á los piés del anciano, que enternecido la contemplaba. Levantóla, y estrechándola á su seno, la dijo:—"Todo te lo perdono, Guadalupe, con tal que, entrando en un convento, olvides para siempre á ese insurgente."

—Es mi esposo, repuso ella con viveza.

—Es un excomulgado, dijo el anciano, incapaz de recibir sacramentos.

Un rayo que cayese á sus piés, no hubiera producido en ella una sensación más terrible que estas breves palabras. Dudó de la validez de su matrimonio, presentándose de golpe á su mente todas las consecuencias

de esta falta. Envilecida á sus mismos ojos, se encaminó maquinalmente á la puerta de la capilla, y dirigiendo la voz al confesor desde afuera, le decía:—Padre, padre, cáseme vd. con mi marido.

Salió el confesor á estos clamores é informado del motivo que los ocasionaba, aseguró á la desolada esposa que no había necesidad de hacer lo que ella pretendía, puesto que su matrimonio había sido válido. Se pasmó Don Rodrigo al oír una opinión tan extraña para él, y sobre todo tan contraria á las doctrinas del eclesiástico realista, de quien hemos hablado antes.

Todos quedaron en silencio. Los extraños sucesos que estaban presenciando los ocupaban de tal manera, que no observaban lo que pasaba alrededor de ellos. El patio se hallaba enteramente despejado y los soldados que en diversos grupos lo ocupaban antes, se habían retirado á sus cuadras.

Después de una pausa, dijo el sacerdote:

—Sr. D. Rodrigo, el reo que está en esa pieza, desea que vd. le perdone la ofensa que le hizo casándose violentamente con su hija.

—Es un raptor, un insurgente. . . .

—Un hombre arrepentido que quiere morir como cristiano.

—Es el seductor de mi hija.

—Lo fué, pero hoy es su esposo.

—No paga conque lo ahorquen.

—Sr. D. Rodrigo, ese joven está ligado á vd. con vínculos de religión y parentesco. Por el paso en que se halla, es necesario que haga vd. las paces con él. Acuérdesse que es católico cristiano y que debe perdonar las injurias, deponiendo todo odio y mala voluntad.

—Si él hubiera consultado con la mía, no se viera en ese estado.

—Señor, todos cometemos desaciertos y este joven está pagando demasiado caro los suyos. No se hable más: reciba vd. á los dos esposos como sus hijos, concédales su gracia y déles su bendición. Por lo demás, el Señor obre; y yo espero que dé eficacia á mis palabras, para alcanzar del gobernador suspenda la ejecución por unos cuantos días, mientras impetramos del señor virrey un indulto. Quizá la calidad de este mozo y la consideración de las causas que han influido en sus extravíos (harto disculpables á la verdad), moverán á S. E. á conceder lo que se le pida. Puestas las cosas en este estado, será fácil arreglarlo todo.

—Padre mío, exclamó Guadalupe, ¿será posible lo que vd. dice?

—Sí, hija mía, contestó el confesor; confíemos en Dios que todo lo puede, y pidámosle con humildad que haga de nosotros lo que fuere servido.

—¡Ah! ¡qué agradecida viviré á vd. toda mi vida si alcanza la de mi esposo! ¡Có-

mo procuraré recompensar á mi padre los malos ratos que le he dado! ¿Me perdonará vd., padre mío?

Colgada Guadalupe del cuello de D. Rodrigo, impetraba su perdón con un acento tan expresivo, que era imposible resistirse á su demanda. Cedió por fin el anciano, y la esperanza brilló á los ojos de la angustiada esposa. Una serie de felicidades se le presentaron repentinamente con la rapidez de un relámpago.

Estaban en esto, cuando el redoble de un tambor les llamó la atención. Observaron que toda la tropa estaba formada en el segundo patio del cuartel y que la puerta que daba paso al primero estaba llena de centinelas. Se acercó un oficial al eclesiástico y le dijo:—Padre, ya es hora: el reo está en el suplicio y sólo aguardamos á vd.—¿Cómo es esto? ¿pues no es mañana el día señalado para la ejecución?—Sí; pero el gobernador ha mandado que se haga en este momento, y que el ayudante que trae la orden, lleve la noticia de quedar ejecutada.

Y era así. Notando el gobierno que la curiosidad del pueblo se excitaba más de lo que él se había propuesto, temió malos resultados, y libró la orden referida en los términos urgentes y perentorios que indicó el ayudante.

Volo el confesor á dar al reo los últimos auxilios. D. Rodrigo y su hija, agitados

de encontrados afectos, no sabían qué hacer. Bien quiso ésta correr hacia el segundo patio donde estaba ya D. Juan; pero la rechazaron los centinelas. Se esforzaba todavía en pasar adelante, cuando una descarga de fusiles le anunció haber quedado sin esposo. Oscureciósele la vista, faltáronle de todo punto las fuerzas, y cayó en las losas del patio sin sentido.

V.

Poco sobrevivió á tan atroz espectáculo. Se apoderó de ella una fiebre voraz, y después de un violento y lastimoso delirio, murió. A los quince días de haber sido fusilado su esposo, bajó ella á acompañarlo á la triste morada de los muertos.

